

ARIANA HARWICZ
MIKAËL GÓMEZ GUTHART

DESERTAR

EDITORIAL CANDAYA

Conversación –en castellano– suena a converso. Al parecer ya tenemos un problema para futuras traducciones. Las palabras vienen siempre acopladas, ensambladas, apareadas en otras, como las largas raíces de los árboles, así que somos dos conversos, conversando. Y dos fantasmas, también, pero por motivos que descubrimos solo al final. Empezamos a hablar por escrito cuando nos conocimos al presentar nuestros libros traducidos al francés y nunca más nos detuvimos. ¿Por qué dos personas que no se conocen nada y que nunca se escucharon ni las voces, empiezan en un momento a hablar y por qué eso que se dicen termina siendo un texto? No lo sabemos y este corto libro tampoco lo responde.

Comenzamos a hablar con el aislamiento, quizás ahora sea un recuerdo como un mal viaje o una vida pasada de las tantas que se tienen, pero mientras duró este libro, siguiendo la tradición de la literatura de cárcel, fue el diálogo de dos presidiarios. De celda a celda, o más exactamente, de un suburbio parisino a un pueblo, en realidad a un *hameau* –aldea dice la traducción– en el centro de Francia.

Este diálogo escrito narra lo que pasó entre un traductor francés, Mikaël Gómez Guthart, que en una crisis de angustia dejó de hablar francés para hablar solo castellano huyendo de París a Buenos Aires, y de una escritora argentina, Ariana Harwicz, que se enamoró de la lengua francesa e intentó renunciar al castellano huyendo de Buenos Aires a París. Por eso, para él, París siempre va a ser la ciudad de la que huyó; y por eso, para ella, París siempre será la ciudad a la que huyó.

Como vemos, toda ciudad es un campo minado, un refugio para inmigrantes, una zona de control. Este diálogo es el cruce entre lo inestable de una charla y el tiempo fijado de un texto, eso que pasa con las caras de la gente muerta. La increíble precisión y los increíbles detalles de una cara contra la desaparición. Un diálogo es esa fatalidad de las caras construidas con cientos de detalles para ser borradas y perdidas de un plumazo. Se disuelven, se desarman, se liquidan al igual que las conversaciones. Pero siempre está la esperanza de que algo mínimo quede, un término, un giro.

Ya salimos del aislamiento, ya no estamos hablando ida y vuelta desde un suburbio de las afueras de París a un pueblo medieval del centro de Francia, pero esta conversación sigue en la lectura de este libro, quizá para que continúen esos días de falso verano o para no salir nunca del encierro que es toda conversación.

Mikaël Gómez Guthart: Recuerdo, aún con mucho cariño, mi «primera vez» como traductor. En realidad, se trata de dos experiencias muy distintas: la primera, yo tendría unos nueve o diez años, me encontraba en el subsuelo de un bar del barrio de Montparnasse, en el sur de París. Era un establecimiento exclusivo para habitués, para entrar había que tocar la puerta y el dueño ojeaba primero por la mirilla. «¡Mirilla!», de hecho, en francés se dice «Judás», y supuestamente sugiere que ver sin ser visto equivaldría a traicionar. Bueno, yo estaba ahí con mi hermano mayor que no hablaba castellano y un amigo español de mi padre, que no hablaba francés. Los dos discutían con mucha pasión sobre la ceguera del Partido Comunista frente a los crímenes estalinistas, las mentiras del régimen soviético, etcétera.

Ariana Harwicz: Una vez estaba en el Festival de Teatro de Avignon y fui a ver una obra sobre Stalin. Durante la obra se oía afuera a unos manifestantes estalinistas vitorear al supremo. Como recién había llegado a Francia pensé que lo de los estalinistas afuera era parte de la obra y al salir los felicité. Pues no, eran reales. ¡Francia debe

ser el único país que no tuvo comunismo y tiene nostalgia del comunismo!

MGG: ¡Esta anécdota parece directamente sacada de una película de Chaplin o Tati! Bueno, hoy en día debe haber todavía gente debatiendo sobre ese tema, pero en aquel momento era pura actualidad: estábamos justo entre la caída del muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética. Todo el mundo fumaba, parecía una escena de *Tener y no tener* de Howard Hawks. Yo, obviamente, no entendía una sola palabra de todo lo que hablaban, pero estaba en el medio, traduciendo lo que decían el uno y el otro, y recuerdo el placer de poder transformar las palabras de uno para que el otro lo pudiera entender.

AH: Estar entre dos personas que no se entienden y traducir a una y a otra en una discusión es como estar metido en una balacera.

MGG: Hace años que desapareció aquel bar de Montparnasse. Pregunté hace poco: nadie o casi nadie lo recuerda, ahora es una galería de arte. El amigo español de mi padre también se esfumó, como la fauna que poblaba ese inquietante lugar y el humo de todos los bares de París. ¡Curiosamente los únicos que quedan, a veces escondidos, a veces no, son los estalinistas!

AH: Lo primero que leí al llegar a vivir a Francia en 2007, casi directamente desde el aeropuerto Charles de Gaulle,